

La palabra, elemento básico de la lengua,  
parece desvalorizada por el uso que se le da.  
La palabra es objeto vivo del lenguaje  
y el lenguaje es “eso” que constituye la identidad.  
Asomémonos al lunfardo,  
ni más ni menos digno que cualquier otro dialecto.



<http://portallarroque.com.ar/wp-content/uploads/2014/04/libros-voladores.jpg>

## Acerca del lunfardo

*Luis Alposta*

*Médico clínico, poeta, ensayista,  
columnista de periódicos, revistas literarias y programas radiales.  
Miembro de la Academia del Lunfardo*

Es sabido que todos los hombres tienen una característica común que los separa de las demás criaturas: el hombre fabrica objetos. Pero también lo hacen algunos animales; el hombre da forma a objetos convirtiéndolos en herramientas. Pero también lo hacen unos pocos animales. ¡Mas solamente el hombre hace herramientas con las que fabrica otras herramientas! Y de todas las herramientas que el hombre hace, la más característica y constructiva -también a veces la más destructiva- es la palabra.

El hombre llegó a ser un diestro hacedor de herramientas y usador de ellas, por la sencilla razón de que era hacedor y usador de palabras. Los animales se valen de acciones y sonidos como señales, pero sólo el hombre ha aprendido a utilizarlos como símbolos. Ésta fue la forma más elemental de la tecnología.

Y de aquí, a la palabra que nos ocupa: el lunfardo, “tecnología de la furca y la ganzúa” según lo definió Jorge Luis Borges. En síntesis, una herramienta más.

Claro que esta definición se ancló en el significado original: lunfardo ‘ladrón’, y luego, por extensión: vocabulario esotérico creado y utilizado por los delincuentes. Pero, actualmente, el concepto es mucho más amplio: un fenómeno lingüístico natural, dado que es natural que el hombre cree y recree palabras. Se trata de un repertorio de voces, muchas de ellas traídas por la inmigración, que comenzaron a desarrollar entre nosotros una existencia paralela al habla común, para terminar, en no pocos casos, siendo asimiladas por nuestro lenguaje familiar y coloquial.

Aunque en sus comienzos sólo se lo hablaba en la trastienda del idioma, no por eso dejó de ser escuchado. Y ha sido en la calle, en el conventillo, en el café, en el sainete, en la poesía popular y en las letras de tango, donde ha venido a encontrar el medio más apto para su difusión.

Mucho más que en el origen de las palabras, lo que importa

es indagar en el color y el calor que puedan ellas proporcionarnos para lo que se quiere expresar. Es por eso que, en el lunfardo, no se trata únicamente de una cuestión de términos, sino también de una cuestión de tono y de intencionalidad. Digamos, además, que no conforma un vocabulario independiente, dado que vive dentro de nuestra lengua sirviéndose de su fonética, de su sintaxis y de buena parte de su léxico. Aparte de su valor críptico o esotérico y delictivo, el lunfardo es, esencialmente, un conjunto de voces de muy diversos orígenes que se ha ido introduciendo en la conversación familiar de todas las clases sociales con fines expresivos, irónicos o humorísticos.

El lunfardo apareció entre nosotros como una especie de Babel al revés, dado que, lo que en los tiempos bíblicos, y por castigo divino, fue sólo caos y dispersión, en el último tercio del siglo XIX, en Buenos Aires, fue confluencia e integración. Confluencia en un determinado punto geográfico de hombres de distintas nacionalidades que, al integrarse al nuevo medio, habrían de aportar entre otras muchas cosas palabras y modismos. Digamos ahora que no se trata de un fenómeno privativo de los porteños. Todos los pueblos han tenido siempre sus voces jergales y sus argots; desde las tribus nómades, bohemias y gitanas hasta el slang de los ingleses. Adaptar a nuestra manera de ser y de sentir no pocos de los vocablos heredados del español; crear y recrear palabras e ir sumando voces extranjeras a los entresijos del idioma, es una tarea de la que siempre se ha ocupado el pueblo, sin dejarse amedrentar por cuanto academia pudiera salirle al paso.

Por eso, y sin temor a equivocarnos, podemos decir que cada vez que a alguien se le ocurra solicitar un “certificado de supervivencia” para cualquiera de estas voces, seguirá siendo el pueblo la única autoridad competente en condiciones de extenderlo.